

# **Las celadas de la vida**

**Eduardo García Giménez**

**Ilustraciones de Quintín García Muñoz**

**Prólogo de Francisco Javier Aguirre**

Depósito legal: Z 1632-2022

# PRÓLOGO

## EL AJEDREZ Y EL AMOR

Una de las fases del amor es la estrategia de conquista, y otra la rendición del amado o amada, (que hoy día hay que hacer cualquier cita de género por duplicado, cuando no por triplicado), de modo que el juego del ajedrez puede llegar a convertirse en símbolo del amor profundo.

Esa simbiosis del juego que requiere inteligencia por una parte y perspicacia emocional por otra, ha servido a Eduardo García Giménez para componer un relato en el que plantea cómo a través de un tablero de ajedrez pueden establecerse conexiones personales que confluyen en esa fórmula de máxima comunicación entre dos seres humanos que llamamos amor.

El título del relato alude a un término utilizado en los ambientes conflictivos, puesto que uno de sus significados es la emboscada entre gente de armas y el otro alude a una pieza de la armadura que cubre y defiende la cabeza.

Si consideramos el ajedrez como un combate incruento, la celada sería una trampa inteligente que uno de los contendientes tiende al otro (vuelvo a insistir en la duplicidad de géneros diciendo que pueden ser ‘una’ y ‘otra’, para no disgustar a los partidarios del lenguaje inclusivo, por más de que a mí particularmente me parezca innecesario en muchas ocasiones).

El asunto es que nuestro autor ha conseguido introducirnos en el fragor de ese combate en el que juegan la inteligencia y el corazón, porque él mismo es un prototipo de estas dos grandes virtudes humanas. Afirma el proverbio que “de la abundancia del corazón habla la boca”, y en este caso podemos decir que también escribe la pluma.

*Francisco Javier Aguirre*

## Las celadas de la vida

“**D**ivisión de opiniones...” No, no estamos en el tendido 5 de La Maestranza sevillana.

Cuando todo parecía decidido, Ricardo Pérez, Presidente del Club de Ajedrez “*La Apertura Española*” de Épila, hace la última apuesta a favor de Carlos Sanjuán, el jugador más destacado del Club tanto por sus brillantes y espectaculares sacrificios como por sus errores y olvidos de principiante.

La mayoría optaba por un jugador “más seguro”.

El Presidente apostillaba:

—¿Pero no os dais cuenta que, ante la categoría y la seguridad en todas las fases del juego del equipo ruso, nuestras posibilidades de triunfo son tan remotas que debemos fiarnos de Carlos? Es nuestro Curro Romero del ajedrez, tampoco debemos olvidar que frente a jugadores de cierto nivel obtiene los triunfos más sonados.

# Campeonato de Ajedrez *Fiestas de Épila*

Club de Ajedrez  
La Apertura Española



En medio de tan infernal algarabía, Ricardo, otrora barítono bajo, aún conservaba timbre y tono para hacerse oír incluso en ocasiones adversas.

–*Acémilas de reata, transportistas de madera...* (el más hiriente de los insultos en ajedrez) –se escuchaba por encima de las voces carrasposas debilitadas por farias y caliqueños, cuya composición y textura eran un misterio. Al fin, triunfo del barítono (la reacción de las masas ante el castigo siempre resultaba imprevisible).

Así pues, Carlos Sanjuán defendería el primer tablero. Que Dios reparta suerte.

Sin embargo, Carlos Sanjuán, únicamente al ajedrez debía la superación del trauma más doloroso de su vida. Un aciago día, hace ya cinco años de tan desgraciado hecho, Carlos perdía la vista en un accidente estúpido de carretera. No, no fue él el culpable. Esta circunstancia hizo que asumiera su desgracia con cierta resignación.



Ahí, junto a la barra del bar, Ricardo Pérez, “El Presi” para los amigos, paladea una copita de coñac; celebra su victoria, la valora, porque conociendo la terquedad y cerrazón de quienes se aferran al “*pájaro en mano...*”, renuncian a cualquier aventura. Ni siquiera se atreven a soñar con los “*ciento volando...*”

El Presidente de “La Apertura Española” no quiere atrapar a “cien, mil, diez mil...”. Si así fuera, volvería a soltarlos para empezar a soñar de nuevo. Empero, ahí los tendremos. Los Sanchos, orondos y satisfechos con sus ínsulas y sus desmeдрados Quijotes, absortos con sus Dulcineas.

Desde el primer día de la llegada de Carlos al Club se inició una amistad sincera, de mutua admiración. La primera sorpresa se produjo durante el desarrollo de una partida, en la que se sucedieron unos sacrificios de piezas mayores, tras los cuales remató con un mate brillante.

Causó estupor y cierto regocijo, porque el varapaleado era un jugador de los llamados “*seguros*”, a quien resultaba difícil vencer. Afinidades literarias y musicales sellaron la amistad que, ante ciertas situaciones y sujetos, se convertía en guiño y complicidad.



En el Club femenino de ajedrez “Gambito de Dama”, los acontecimientos se desarrollaron con cierta placidez, puesto que por unanimidad, Clara Zembranos fue designada para defender el primer tablero. Acaso conviene aclarar que se trataba de un torneo mixto de ajedrez que se disputaría en Épila a mediados de Septiembre. Si bien Clara Zembranos sólo hacía dos o tres meses que apareció por el Club, rápidamente cautivó a todos los componentes; la dulzura de su voz parecía mitigar las llagas del cuerpo y sanar las heridas del alma. Del alma de los demás. Pero ¿dónde se encontraba el remedio que mitigara el dolor de Clara?



Club de ajedrez *Gambito de Dama*



La historia de Clara, la triste historia, coincidió en el tiempo con el desgraciado accidente de Carlos. Clara lo ignora porque Carlos y Clara aún no se conocen. Pasar de la luz a las tinieblas, así bruscamente, duele al cuerpo y duele al alma. Mas ¿qué misterio es éste que siente y padece Clara? Porque el dolor del cuerpo y sus limitaciones ya los tiene asumidos. ¿Dónde este dolor engrandece, cuándo, en qué momento nos destruye y empequeñece?

Tuvo que ocurrir el desgraciado accidente para que Clara supiera que Rafael, su novio, no la quería. Únicamente faltaba una semana para su boda. Ella sabe ahora con claridad que la quería con el cuerpo y no con el alma. Este descubrimiento mitiga su dolor, mas de inmediato lo ahonda. Son el tormento y el misterio de las heridas del alma. La historia de Carlos casi coincide con la de Clara. Naturalmente, ellos no lo saben: cosas del azar, el destino...

La idea fue de Ricardo, el Presidente del club de Épila.

—Carlos, ¿por qué no preparas a los infantiles con la teoría? Además, te distraerás.

Fue todo un acierto. Ricardo se colaba de rondón por el placer de ver a Carlos con los pe-

queños, pues sabía que éste impartía las clases con absoluta entrega y dedicación.

–¿A cuánto está el precio del litro de agua, Pepito? –preguntó a un alumno el primer día de clase.

–A treinta y cinco pesetas.

–Muy bien.

–Te voy a ofrecer cincuenta mil pesetas o un litro de agua –contestó Carlos.

–Por supuesto, las cincuenta mil del ala –contestó el niño.

–Muy bien, me quedaré yo con el litro de agua puesto que prefieres el dinero.

Todos los demás sonrieron pensando lo tonto que parecía el profesor de ajedrez. Carlos también sonrió, mientras continuaba su disertación.

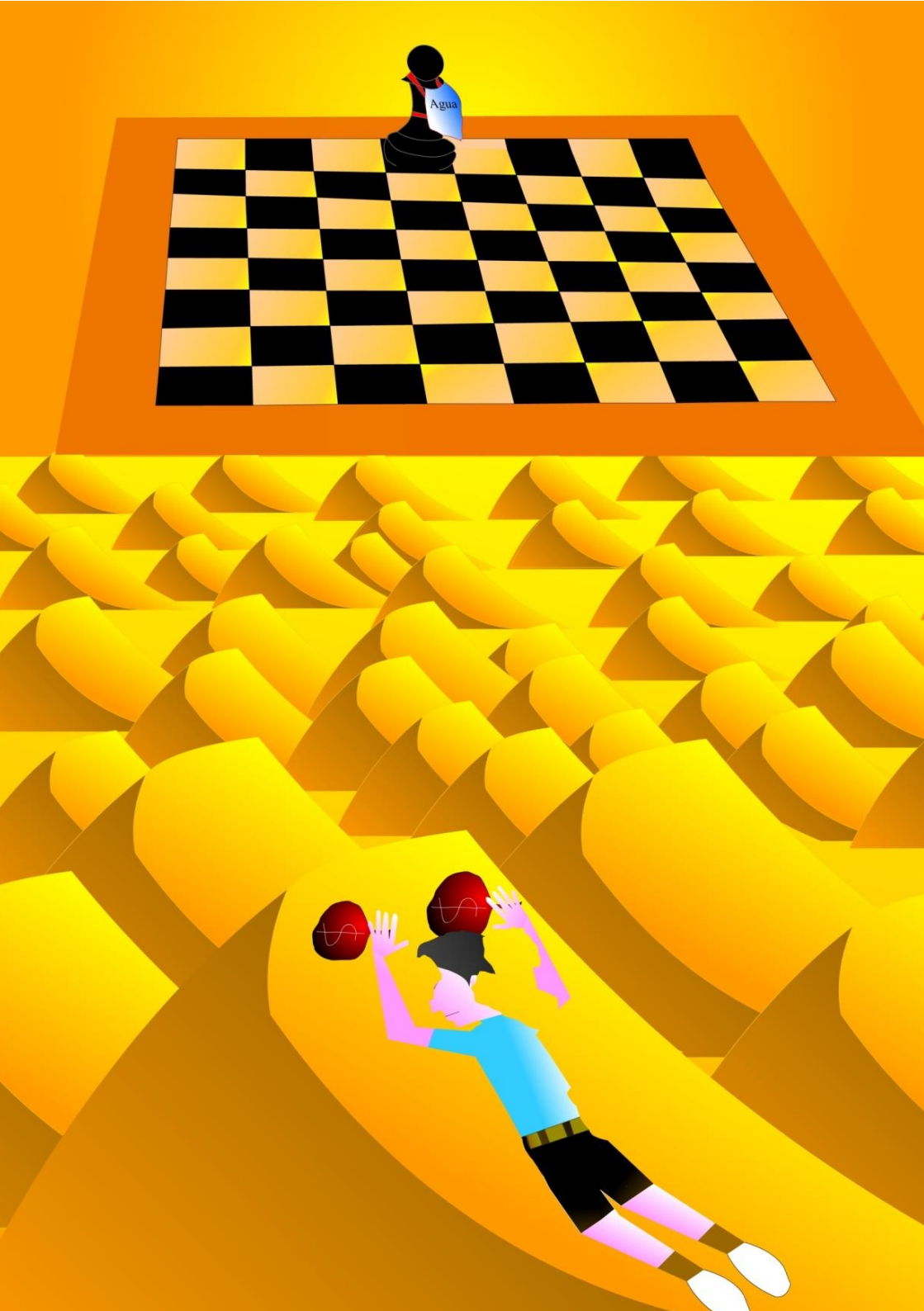
–Eso que dicen los libros de ajedrez sobre el valor de las piezas, no es así. El valor de las piezas de ajedrez únicamente lo determina el lugar que ocupan en el tablero: ese es su valor. Ahora me toca reírme a mí. Vamos a ver, Pepito. Imagina que llevamos una semana perdidos en el desierto. Ya estamos al límite de nuestras fuerzas, muertos de sed. Tú con los bolsillos repletos de dinero; yo, sin un duro, pero eso sí, tengo una botella que contiene un litro de agua.

Entonces, dirigiéndose a todos de la clase les preguntó:

–Habéis entendido.

Gritos, risas y chirigotas.

–Pues bien –continuó el profesor–, el tablero es el desierto.

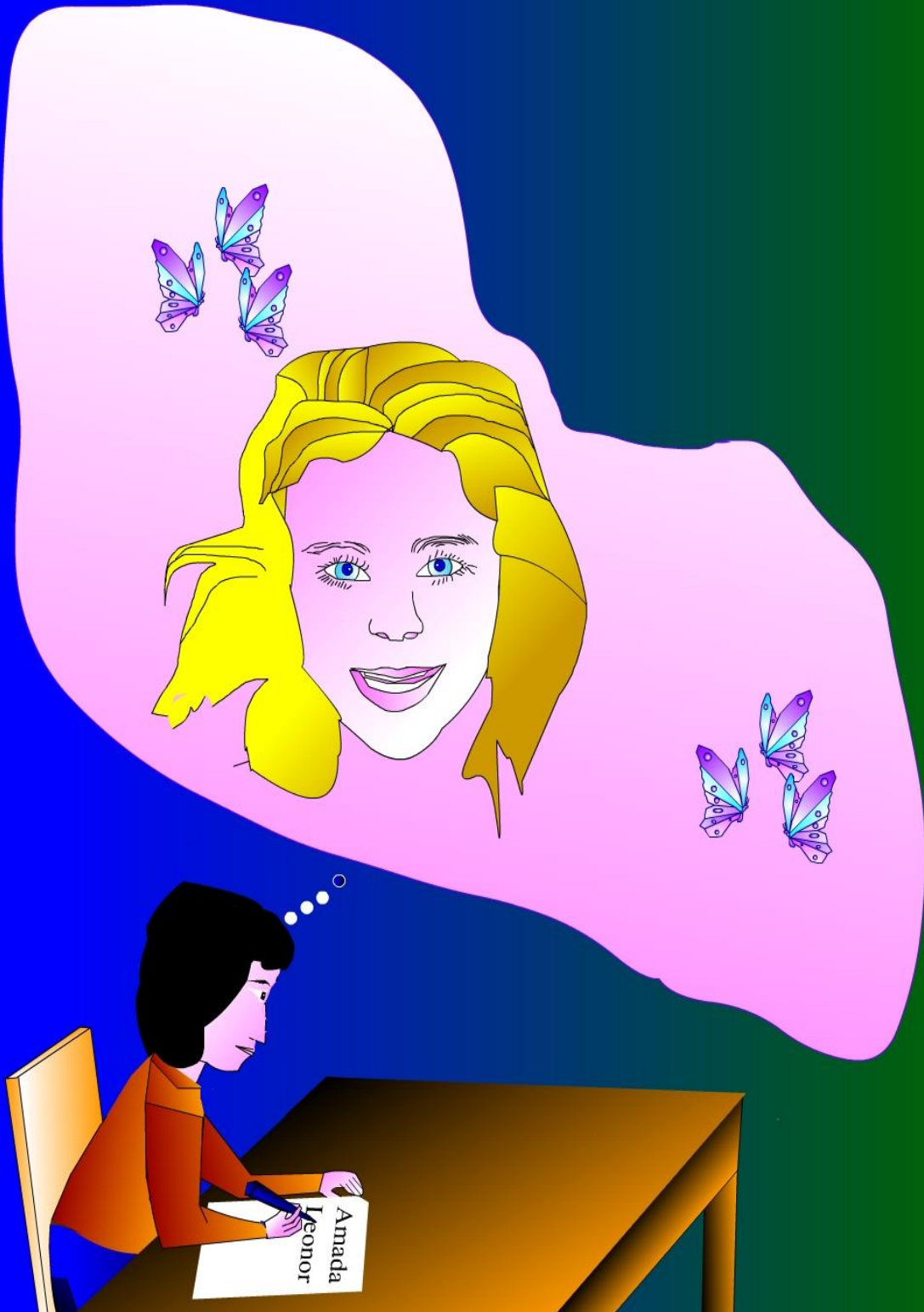


Ricardo, escuchando a Carlos, supo que las nuevas generaciones del Club no serían “*transportistas de madera*”. Pero en el Club no sólo se hablaba de ajedrez, toros, fútbol y política; el orden de los factores no alteraba el producto: acaloramientos, gritos, ademanes destemplados y, a veces, un ambiente tenso al que la humareda de los cigarrillos daba un toque siniestro de taberna arrabalera, transformando el club “*La apertura española*” en alborotado gallinero ante la presencia del raposo. Una vez, Ricardo les hizo observar que como consecuencia de estas disputas, el número de los infartos se disparaba. En esa lista control del presidente, el lugar de honor, la palma, el número uno, se lo llevaba la política, seguido muy de cerca por el forofismo de los hinchas; como farolillo rojo, “los aficionados de solera”.

Contra la creencia popular, de mujeres se hablaba muy poco. Del amor, no digamos; sobre literatura, arte, música... qué decir. De la biblioteca del Club, donde había algunos libros en braille, solamente Ricardo, Carlos y el secretario. No intentaban captar algún lector, como en el infierno de Dante: “Habían abandonado toda esperanza...” Aún recuerdan con tristeza el escándalo que se organizó cuando se aprobó aumentar los fondos para adquirir un par de revistas literarias. Carlos les tenía tomada la medida con el “*acémilas de reata*” que los sumía en el mayor de los desconciertos.

Hoy se ha reunido la Junta del Club para estudiar lo relativo a regalos, presentaciones, presupuestos... en fin, todos los detalles para el evento de la competición. Al finalizar estas reuniones suele haber alguna tertulia con los temas más dispares. Hoy lleva la voz cantante Carlos. Tema: el amor. Escuchémosle:



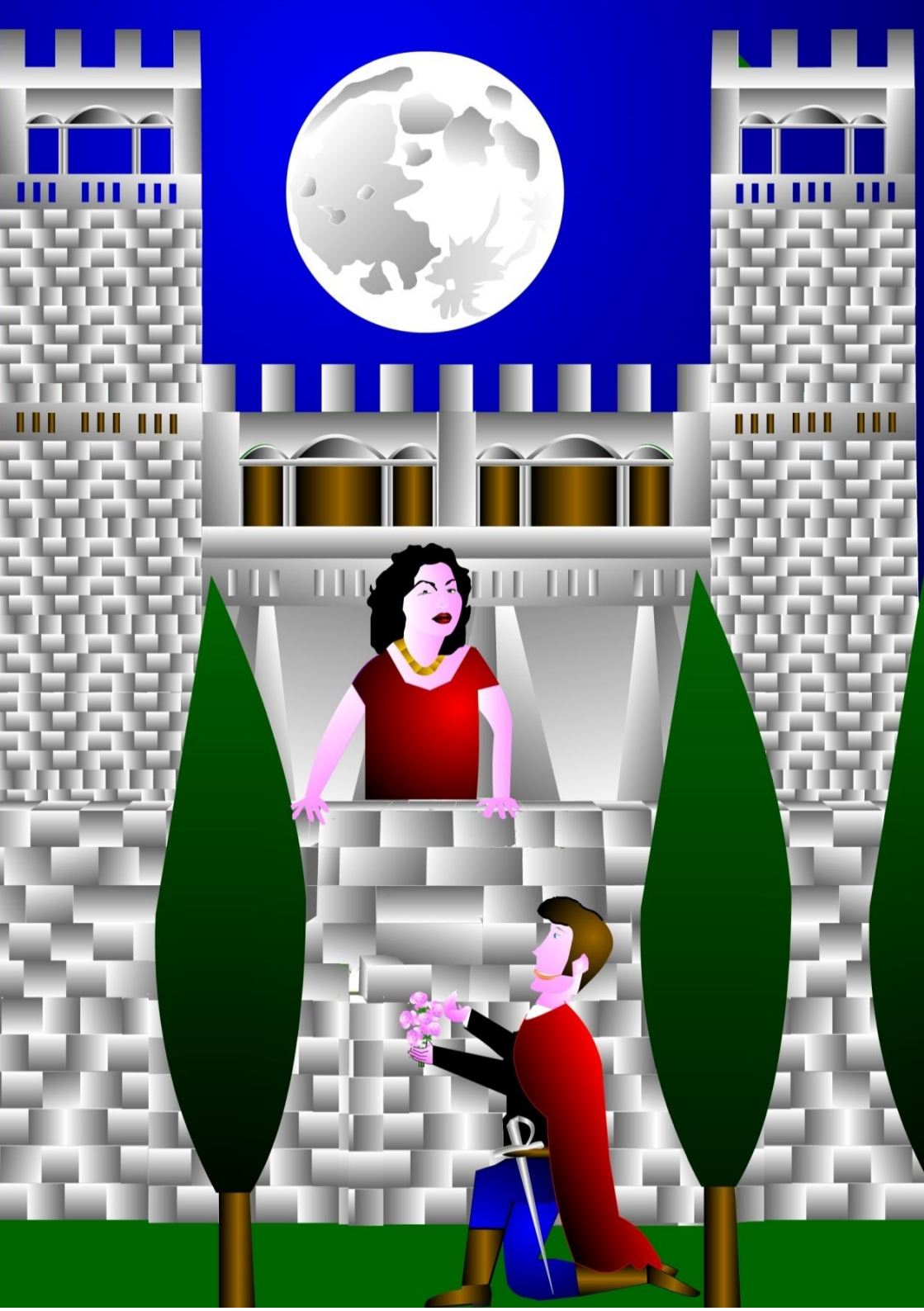


Amada  
Leonor

*—El llamado primer amor tiene unas características, unos componentes especialísimos que sólo suelen darse en este tipo de amor idealizado; ya dice Ortega que se enamora, siguiendo las mismas pautas, el tonto, el listo, el sabio... Ortega lo llama la mecánica del amor: aparecer y desaparecer. Naturalmente, la mujer domina esta técnica con maestría y exquisitez; incluso en edad muy temprana, como pueda ser la adolescencia. Cuando no se cumplen estos rituales, el amor fracasa. Por paradójico que pueda parecer, un exceso de amor, me refiero al amor-pasión, puede dar al traste con el mismo. El mismísimo Don Juan perdería de inmediato todo su poder de seducción si estuviese realmente enamorado. Creo que no se ha dicho aún (no lo sé) que si Don Juan estuviese realmente enamora de Doña Inés, de súbito perdería esa desenvoltura que emplea para seducir. No olvidemos la célebre frase: Donde hay amor, falta desenvoltura.*

*Para la dama altiva, que hoy trata con desdén a su rendido galán, bastará una leve sospecha, sentirse celosa de una rival para que los roles se inviertan y se entre en una pugna peligrosísima cuyo desenlace es posible que lamenten al unísono en el futuro. Únicamente aquellos que han vivido las trampas del amor y sus celadas las desprecian*

*porque saben, como en ajedrez, que la celada es una trampa para cazar y sorprender a incautos: un arma arrojadiza que se vuelve en contra de quien la practica, una estratagema en ajedrez para sorprender con armas de ventaja a quienes desconocen la teoría de las aperturas. Jugadores de café y tramposos del amor... Mas en alguna parte, el dolor y el sufrimiento desenmascaran a los impostores y ante ese amor, incapaz de mentirse a sí mismo, surgen encuentros donde los enamorados, guardando un equilibrio de entrega, desean ambos ser perdedores para ganar su amor.*



Y, riéndose Carlos en tono jocoso, continúa:

*—Hay amoríos que sin los cubatas, la pose de moda y las volutas en espiral del cigarrillo, se quedan en muy poca cosa, quizá en pequeños jugadores de café del amor.*

*Aquellos que conocieron las trampas del amor, nunca pierden la esperanza de encontrar un amor que no necesite, que no tenga que avergonzarse de la limpieza, de la grandeza del amor. Tiene que existir un tipo de amor donde no se tenga que ir pidiendo, mendigando a la nada, que al sentirnos como un niño a su lado, engrandece y agiganta al hombre.*

Clara sueña, los sueños del alma dolorida de una mujer joven son sueños de una niña, tan transparentes, tan limpios y sencillos que su miedo, el miedo que tiene Clara, es el temor inocente que comparten todos los niños desvalidos carentes de afectos. ¿Qué sucederá cuando se encuentren Carlos y Clara?

Crispín Alfaro perdió a su hijo hace ya un lustro. Seguramente, Crispín es una de las personas más queridas del Club. Ha sido el lazarillo de Carlos durante los primeros años; ahora Carlos es para Crispín como un hijo, en cualquier caso, algo más que un amigo.

La actividad del Club se dispara.

–Nada, nada. El gambito de Rey, Carlos. Por tan estudiada y en desuso, quizás les sorprenda. Además, la conoces y disfrutas con ella. Ánimo.

La idea fue de Crispín. No habría presentaciones. Carlos y Clara se conocerían ante el tablero; Clara llevaría las blancas y sería de obligado cumplimiento plantear el gambito de Rey.

–P4R –la voz de Clara es la respuesta al sueño, a las ilusiones nunca perdidas de Carlos, porque Carlos Sanjuán vuelve a sentirse nuevamente un niño a quien la voz de Clara le sabe a caricia maternal que le anega el alma.

–P4R– la voz de Carlos ahuyenta en Clara todos los temores; renace la esperanza y ahora, por vez primera, siente una dicha nueva, desconocida. Clara sabe que sólo ella será capaz de restañar el desamparo de Carlos; curarle las heridas, todas las de cuerpo quizá no, no importan, porque ella sabe que para las que de verdad duelen, las del alma, tiene remedio infalible y, sintiéndose tan dichosa, por primera vez parece percibir bailándole el alma de dicha y felicidad. Clara sabe que a las almas como la de Carlos hay que acunarlas con el mimo y carantoña que sólo puede dar la caricia maternal, y el regazo de Clara está repleto de las más dulces y suaves de cuantas caricias maternas puedan darse. Como primicia, la dulzura de la voz de

Clara, con su P4AR, envuelve en un manto protector el semblante de Carlos, quien sabe que su compañera también detesta las celadas en las aperturas en ajedrez.



P4R





Carlos ya lo había explicado a los pequeños:

–Los gambitos en ajedrez no son celadas de apertura, son otra cosa y el de Rey, que ya casi no se usa, lo examinaremos con atención. Los *transportistas de madera* le tienen pánico. Nosotros lo veremos con detalle porque es la apertura de los valientes, de aquellos que no temen a lo imprevisto, de quienes por encima de la rutina aman la belleza y el ajedrez.

Ricardo y Crispín contemplan arrobados a Clara y Carlos. Carlos y Clara ya no están en este mundo, no oyen a nadie, sólo se sabe que no se encuentran en el Edén, porque allí no hay tableros de ajedrez. Pero... ¿quién lo sabe?

**Eduardo García Giménez**

**Colección**  
**CUENTOS FESTIVOS DE ÉPILA**

**Número 1**

*Un gorrión en la biblioteca.*

**Número 2**

*El Berrugón, el Pirata, la Abuelica y el repetidor.*

**Número 3**

*El dinosaurio cabezudo y el efecto mariposa.*

**Número 4**

*Las lecciones de Canuto en la Barrilla.*

**Número 5**

*La lámpara mágica.*

**Número 6**

*Las celadas de la vida.*



Eduardo García Giménez